

Vigésimo Séptimo Domingo del Tiempo Ordinario



La fe es frecuentemente malentendida, incluso entre los cristianos. No son simples buenos deseos o la negación de la realidad, sino una actitud de confianza en la presencia del Dios. Para quienes hemos sido afectados por la adicción de un ser querido, la fe significa dejar ir la ilusión de que no podemos dirigir o controlar los resultados y mejor aprender a confiar a Dios lo que no podemos llevar. La fe nos mantiene abiertos a lo que Dios puede y hará si lo buscamos con honestidad y un corazón dispuesto.

Esta actitud de fe es mantenida cuando utilizamos en nuestras vidas las herramientas espirituales de la recuperación. Admitimos que nuestros intentos por controlar, rescatar o arreglar a nuestro ser amado eran limitados y en ocasiones dañinos. Nuestros propios recursos y planes fallaban, dejándonos impotentes y frustrados. Debemos salir de la autosuficiencia para comenzar a confiar en un Poder mayor a nosotros mismos, uno que ofrece paz en lugar de caos, y serenidad en lugar de temor.

La fe nos motiva a vivir cada día con una confianza genuina, no sólo con profesando por medio del intelecto que Dios existe, sino realmente entregándole nuestras vidas. Tal y como el Obispo Robert Barron explica: “Va más allá de un ascenso intelectual. Es confianza y esperanza. Es entregar realmente tu vida a Dios”. Jesús relata en el Evangelio de este domingo el poder de tan solo una semilla pequeña (Lucas 17, 5-6):

*Los apóstoles dijeron al Señor: “Auméntanos la fe”.
El Señor respondió: “Si tuvieran fe
del tamaño de una semilla de mostaza, dirían a ese árbol,
‘Arráncate y plántate en el mar’, y el árbol les
obedecería.”*

Este pasaje viene después de que Jesús ordena a sus seguidores a perdonar repetidamente (Lucas 17, 3-4). El perdón, ya sea a nosotros mismos o a nuestros seres amados, es imposible sin la fe. Requiere de nuestra confianza en la Gracia de Dios más que de nuestros propios sentimientos de ira, miedo o desilusión.

Jesús nos revela que cosas extraordinarias ocurren cuando nos entregamos plenamente a Él. Mientras más nos apoyamos en Dios, más fortaleza nos da para perdonar, para poner límites sanos y para vivir con serenidad. La fe no es una esperanza pasiva, es una confianza activa, practicada diariamente cuando soltamos y dejamos que Dios nos guíe.

Cuando intentábamos dirigir la vida a nuestra manera, frecuentemente terminábamos aumentando nuestra angustia. La recuperación nos recuerda que nuestro programa de acción no es sobre autoayuda, sino que está cimentado en un espíritu de *Dios, ¡ayúdame!* La fe real nos libera del miedo y nos llena de fortaleza para vivir un día a la vez, sabiendo que no estamos solos.

La fe es también el fundamento del perdón y del amor. Tal y como los Pasos nos recuerdan sobre reparar daños y ofrecer misericordia, el Padre Nuestro nos enseña a perdonar como nosotros somos perdonados. No afirmamos ser perfectos, pero tenemos por objetivo un progreso espiritual mediante la confianza en Dios.

El Espíritu de Jesús es poderoso, cariñoso y sabio, reflejando la luz de Dios y guiándonos hacia la paz. Este Espíritu nos anima a dar testimonio con nuestra vida, tal y como nos lo recuerda la segunda lectura de este domingo (2 Timoteo 1, 7-8):

Porque Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, que soy su prisionero; antes bien, comparte conmigo los sufrimientos por el Evangelio, animado con la fortaleza de Dios.

Preguntas de Reflexión

- ¿Cómo ha cambiado tu forma de entender la fe mientras has ido creciendo en tu viaje de recuperación?
- ¿Hoy en día en qué áreas de tus relaciones es necesario que practiques una fe “del tamaño de una semilla de mostaza”?
- ¿Cómo ayuda a fortalecer tu confianza en Dios la práctica del perdón hacia ti mismo y hacia los demás?

6]Ybj Yb]Xo U7UkE]Wg Yb F YWdYFU]CB
 9gLa cgU] fUXY]XcgXYei YgYg'dUfhXYbi YgfU'
 Wa i b]XUXniYU]ja Ua cg'Uei Yg] Ug'fY] fYgUbXc
 ▽ J]g]HUA c]MbfWj YnWa d'fUj Yf i bU]g'UWa d'YU
 XYfYi b]cbYgX]gdcb]VYg'fYWfgcgXYfYWdYFU]CB Y'
]bZfa U]CB gc'fYWE c Wa YbrLf
 ▽ HYdY]a cg'dU]Mb]Ua]Yb]fUg]fU]i Wa cga zgfYWfgcg'
 ma Uhf]UYgU YgdU c`
 ▽ H]b`Ug]i f]XUXXYei Yhi d'Ufh]M]U]CB mdfYgYb]U]Yb`
 Yg]Ug'fYi b]cbYg'gYa U]b]b]Xfzb WbZ]X]b]U]Yg'
 ▽ 9fYgX]]bc XY`]VYf]UXzi bUj]XUbi Yj U]mfYWdYFU]CB`

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4
Salmo Responsorial: Salmo 95,1-2, 6-7, 8-9
Segunda Lectura: 2 Timoteo 1, 6-8, 13-14
Evangelio: Lucas 17, 5-10